

Los Libros

BIOGRAFÍAS DE LOS GRANDES CAUDILLOS DE LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

Los grandes dirigentes de la revolución francesa, como Mirabeau, Dantón, Marat, Robespierre y Saint-Just, han merecido numerosas y completas biografías.

El comienzo y el término de la revolución lo representan muy bien dos políticos corrompidos, de origen noble, al servicio de la burguesía y de sus ideales: Mirabeau, el orador más notable de la Asamblea Nacional Constituyente; y Barras, el principal artesano de la reacción thermidoriana y del Directorio.

Mirabeau ha sido estudiado magistralmente por Louis Barthou; recientemente por Pierre Dominique: «Mirabeau» (publicado por la editorial Flammarion); por Antonina Vallentin: «Mirabeau avant la révolution» (publicado en la Casa Grasset); y por Jean-Jacques Chevalier: «Mirabeau: un grand destin manqué» (publicado en la casa Hachette).

Mirabeau es el político por excelencia, de gran inteligencia, fría y realista, y de costumbres depravadas. Incapaz de separar sus intereses particulares de los de la Nación, Feo y picado de viruelas, tenía, sin embargo, un gran poder de seducción y las mujeres ocupan un lugar enorme en su existencia. Parte de su vida la pasó encarcelado (Château d'If, Château de Joux, Vin-

cennes) o en el destierro (Holanda e Inglaterra) acosado por los acreedores y por su padre.

El vasto estudio de Jean-Jacques Chevalier, de acuerdo con el epígrafe tomado de Sainte-Beuve, donde afirma que «es la primera gran figura que abre la era de las revoluciones», estudia en forma minuciosa la existencia del ciudadano Mirabeau y el proceso colectivo de la Revolución en los años de 1789 hasta comienzos de 1791. La actuación política de Mirabeau es analizada prolijamente desde el mes de enero de 1789, cuando la apertura de los Estados Provinciales de Aix-en-Provence, hasta su muerte en marzo de 1791.

Mirabeau encarna al hombre de acción y al político típico, sujeto de compromisos y oportunista: comprado por la Monarquía intriga para impulsar la revolución. Su rol desempeñado y su gran influencia, a pesar de estas condiciones amorales, los debe a su indudable talento político y a su extraordinaria elocuencia.

Desde que Mirabeau estuvo asalariado por la Corte, vivió en la mayor abundancia. Sus amigos le reprochan sus gastos escandalosos y uno de ellos exclama: «Mirabeau está muy mal aconsejado; se diría que tiene temor de pasar por hombre honrado».

Mirabeau fué considerado siempre un orador excepcional y un penetrante observador político. No obstante, raras veces improvisó. Para hablar, según él mismo declara, es preciso «conocer muy bien el asunto». Sus discursos eran escritos y esta labor la realizaba un nutrido cuerpo de secretarios, quienes se los redactaban enteros, limitándose él a revisarlos, a ponerle el calor adecuado con la magnificencia de brillantes imágenes y de algunas llamas verbales. Luego, los leía en la tribuna con una acabada ciencia de gestos y de las actitudes, y con una dicción perfecta, como la de los actores más consumados. Entre sus secretarios, o «faisers», sobresalían el provenzal Pellenc, jefe de su oficina personal; y el ginebrino Reybaz, experto en economía y finan-

zas. Lo mismo sucede con sus notas políticas que entrega a la Corte, y la más notable, que lleva el número cuarenta y siete, «Resumen de la situación de Francia y medios de conciliar la libertad pública con la autoridad real», la trabajó todo su equipo de *faiseurs*, Pellenc a la cabeza. Mirabeau sólo corrigió e insertó palabras y trozos propios de su estilo imperioso, para dejar la marca de su garra poderosa.

Sólo en contadas y memorables ocasiones improvisa, movido por el desarrollo del debate. Alcanzó fama, en este aspecto, su discurso en defensa del plan del primer Ministro Necker, el que permitió su aprobación en forma unánime.

El rival más notable que tuvo Mirabeau fué Barnave, orador magnífico, que no leía, sino que improvisaba con brillo, firme dialéctica y poderosa lógica. Era el mejor «debater» de la Asamblea Nacional Constituyente.

Barras, ubicado en la época del fin y degeneración del movimiento revolucionario, era un hombre corrompido, podrido en vicios, conecedor de vinos, mujeres y elegancia; traidor y mentiroso se vendía a todos y a todos engañaba. Las siluetas que le han trazado Albert Vandal («L'avénement de Bonaparte») y Funck-Brentano («Scènes et tableaux de la Révolution») concuerdan en presentarlo como a un vulgar enredador y agiotista; era un alma vil en un cuerpo bello y varonil; coimero y ladrón, entró a la revolución tan pobre como Job y al final del régimen que presidió se revolcaba en oro. Fué un político sin escrúpulos, experimentado y desvergonzado, que actuaba con prontitud y decisión, no con discursos ni guiado por una doctrina, sino movido por sus exclusivos intereses particulares y su provecho personal.

En cuanto a Dantón, el tribuno más poderoso de la época, propugnador de la audacia permanente para enfrentar a los enemigos de la revolución, ha sido estudiado en numerosas biografías. Es valiosa y valiente la que le dedicara Albert Mathiez. Tal vez la más completa es la de Louis Madelin (autor, también, de

un estudio completo sobre Fouché, en dos volúmenes, el siniestro policía durante el Terror y bajo la tiranía napoleónica), que ha sido reeditada por Hachette el año recién pasado, en su Colección «Figures du passé».

Georges-Jacques Dantón fué el «atleta de la revolución» que salvó a Francia en el verano de 1792 (meses de agosto a octubre). En esos dos meses culminantes de su carrera política de cinco años, se demostró un hombre de estado, un alma intrépida y fuerte, y de una elocuencia irresistible. En su famoso llamado a la nación francesa, en la noche del 1.º al 2 de septiembre de 1792, lanzó estas frases famosas: «El toque a rebato no es una señal de alarma; es el toque de carga sobre los enemigos de la patria... Para vencerlos, señores, necesitamos audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia se salva».

Sin embargo, Dantón, agitador extraordinario, poseyó un carácter típicamente burgués, hecho de realismo conservador y oportunista. Proclamó sin rodeos el dogma de la propiedad eterna («declaremos que todas las propiedades territoriales, individuales e industriales, serán mantenidas eternamente», discurso del 21 de septiembre en la Convención, y en plena revolución aumentó y redondeó su propiedad en Arcis-sur-l'Aube), y declara que es preciso «tender a la igualdad de derechos, no a la igualdad imposible de bienes».

En su época fué acusado de venalidad, pues recibió subvenciones de la Corte, y rindió cuentas obscuras en el manejo de cuantiosos fondos cuando estuvo a la cabeza del gobierno revolucionario como Ministro de Justicia. Asimismo, lo rodeó una camarilla de aprovechadores arribistas («les fripons»), que le desacreditó bastante, sobre todo en su lucha contra Robespierre, ayudando a su caída.

Robespierre, el «incorruptible», encarna las cualidades opuestas a las de Mirabeau y Barras. Fué un revolucionario sincero, dominado por una exigencia de pureza y una sed de integridad política, sacrificándolo todo al interés público. Afirma

«En el sistema de la revolución francesa lo que es inmoral es impolítico, lo que es corrompido es contrarrevolucionario». Robespierre vivía sobriamente y murió pobre, tal cual había entrado a la lucha. Sus deseos fueron los de instaurar un orden político más fecundo y, principalmente, regenerar al individuo y el género humano.

Robespierre encarnó fielmente el espíritu de rebeldía del pueblo francés en contra el feudalismo y personifica al partido Jacobino. Fué un apasionado y honesto defensor de los derechos del pueblo. Según Mathiez, que le ha consagrado un valioso libro, es el primer apóstol del socialismo de Estado. Quizás la biografía más completa sobre Robespierre es la de Gérard Walter. Este laborioso investigador publicó, en 1936, en la casa Gallimard, su trabajo, pero recientemente ha sido reeditado, totalmente rehecho con una abundancia de datos que asombra, en dos nutridos volúmenes. Robespierre fué un ardiente discípulo de Rousseau y, sin embargo, tuvo frases de desprecio para las formas de vida de los filósofos. Decía de ellos: «Eran algunos hombres estimables y un mayor número de charlatanes ambiciosos. Declamaban contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas... Hacían tantos libros contra la corte, como dedicatorias para los reyes, discursos para los palaciegos y madrigales para las damas: eran tan orgullosos en sus escritos como serviles en las antecámaras».

Poseyó Robespierre una inflexible voluntad revolucionaria y una de sus máximas favoritas era ésta: «Debe existir una voluntad». Es el autor de la bella frase de la Declaración de los Derechos del Hombre: «El objeto de la sociedad es la felicidad común». Uno de sus tantos biógrafos, al tratar de definir su personalidad compleja ha estampado este juicio: «Si algo es cierto acerca de él, es su plena seguridad de haber triunfado en la empresa de conciliar las cosas aparentemente más opuestas. Creía en la libertad, a pesar de preconizar una política de intimidación; amaba al pueblo, aunque despreciaba a los individuos; no era

partidario de la pena de muerte, no obstante haber ordenado algunas ejecuciones; odiaba el militarismo, a pesar de lo cual quería una guerra nacional, y creía en una Providencia Todopoderosa con una inquisición vengativa y sin tregua para todos sus opositores».

El amigo y colaborador inseparable de Robespierre fué el joven e intrépido Saint-Just. A pesar de su juventud (murió guillotinado a los veintisiete años) fué un ejemplo de austeridad y energía y un magnífico organizador y conductor de masas. Representó, a menudo, el pensamiento extremo del partido jacobino. Fervoroso republicano sintetizó su credo en esta frase: «La primera de todas las leyes es la conservación de la República». Es conocida la biografía que le dedicara Emmanuel Aegerter. En su párrafo final escribe: «Fué una inexorable voluntad al servicio de la justicia absoluta... En todas las horas de trastorno y de duda, cuando una audaz revisión de los valores sociales engendra en demasiados espíritus el excepticismo primero, la vacilación después; cuando una civilización se disuelve falta de principios, Saint-Just indica el único medio de salvación: Querer implacablemente y hasta la muerte. Querer la justicia».

La personalidad de Saint-Just ha sido el motivo de notables trabajos recientes, como los de Jean Gratien: «Oeuvres de Saint-Just», en donde traza una semblanza biográfica y se reproducen algunos de sus mejores escritos; y de C. J. Gignoux: «Saint-Just», publicado en las ediciones La Table Ronde. En esta última biografía se hace un estudio completo de su acción y de su obra. Saint-Just era un joven y temible revolucionario, de hermosa estampa física, dueño de una oratoria sentenciosa y cortante, de glacial presencia unida a una impenetrable sangre fría y de un valor a toda prueba, que no flaqueó ni ante la muerte. Saint-Just fué el Arcángel de la guillotina. Su credo revolucionario, en lo social y político, puede sintetizarse en algunas frases: «El revolucionario sabe que para que la Revolución se afirme, es preciso ser tan bueno como se era malo antes... Un revolu-

cionario es un héroe de buen sentido y probidad... Es necesario que Europa se entere que no queréis un desgraciado ni un opresor en el territorio francés. Que este ejemplo fructifique sobre la tierra; que propague sobre ella el amor a la virtud y a la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa». Revolucionario intrépido, su acción se resume en esta frase: «El secreto de la revolución está en la palabra: atreveos».

Marat poseía un ardiente espíritu de clase, por lo que ha atraído la atención de los revolucionarios posteriores y, entre ellos, la de Carlos Marx, quien admiraba su férrea voluntad y su intransigencia e intrepidez revolucionarias. Marat estimaba que un profundo y perpetuo antagonismo de clases domina las relaciones de la sociedad en su interior y que el problema de la desigualdad social es el más grave y que más urge resolver entre todos los que se presentan al legislador. Para Marat, el primero de los derechos que debe conquistar el oprimido es el de «asegurar su existencia material», por cuanto, ante todo, el hombre debe subsistir. La igualdad y la justicia únicamente se pueden conseguir por el camino de la lucha de clases y afirmaba que los pobres deben reivindicar, a mano armada, contra los ricos, los derechos sagrados de la naturaleza. Marat quería que desaparecieran «esas instituciones odiosas que hacen que algunas clases del pueblo sean enemigas de otras».

Es bastante conocida la biografía de G. Martin: «Marat, el ojo y el amigo del pueblo», y muy manejada la que escribieran Barthou y Walter, ambos versados investigadores de los sucesos y de las más destacadas personalidades de la revolución francesa.

La lectura de estas obras nos entrega una visión de Marat muy distinta de la tradicional que lo presenta como a un hombre sediento de sangre. No hay tal. Lo que pasa es que su ideario era extraordinariamente avanzado; defiende ideas como la que reproducimos: «Sin duda, el fruto de vuestro trabajo os pertenece; pero la agricultura necesita del suelo y ¿bajo qué

título os apropiáis un rincón de esta tierra que fué dada en común a todos sus habitantes? ¿No creéis vosotros que después de una repartición equitativa de todo, os podíais asignar vuestra parte? Además, después de esta repartición, no tendríais derecho sobre el terreno que cultivasteis, sino sobre la parte necesaria a vuestra existencia». Su intransigencia revolucionaria está contenida en esta máxima: «Pretender agradar a todos en tiempo de paz es obra de locos; pero pretender agradar a todos en tiempos de revolución es propio de traidores».

El mismo Gérard Walter, ha tratado la vida de Hébert, a quien juzga con mucha indulgencia, en una reciente biografía: «Hébert et le Père Duchesne».

Otro gran dirigente, aunque de figuración no tan brillante como la de los mencionados, que merece una semblanza más detenida en razón de sus hechos, ideas y posición, es Gracchus Babeuf. No hace mucho en París, en una nueva colección histórica titulada: «A la lumière des textes oubliés», que tiene por objeto la reedición de obras olvidadas o desconocidas, se ha publicado el ensayo de Babeuf: «Le probleme social paysan pendant la Révolution», con introducción, notas y comentarios de Jean Auger Duvignaud.

François Noel Babeuf nació en Saint Quentin, el 23 de diciembre de 1760. Desde temprano tuvo que trabajar y proveer a sus necesidades, haciéndolo en casa de un feudista en Noyon y Roye. Esa clase de personas se dedicaban al mantenimiento y vigilancia de los derechos patrimoniales, feudales y de los censos. Después abrió por su cuenta un estudio parecido en Roye. En su correspondencia con Dubois de Fosseux (secretario de la Academia Real de Bellas Letras de Arras, de la que Maximiliano Robespierre formaba parte) le confiesa que educa a sus hijos en los principios de Juan Jacobo Rousseau, y el 21 de marzo de 1787 le propone el tema siguiente para un concurso: «Con la suma general de los conocimientos adquiridos ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que reinara

indistintamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad, que el suelo que habitaría no fuera de nadie sino que perteneciera a todos; que, en fin, todo fuera común, hasta el producto de todos los géneros de industrias?». En 1789, por su instigación fueron quemados los archivos feudales de Roye y él fué quien redactó los «Cuadernos de Quejas y Peticiones» de la Bailía, donde se reclamaba la abolición de los feudos, el rescate de los censos, la supresión del derecho de mayorazgos, la substitución de los impuestos de diversa naturaleza que existían, por una contribución única y, finalmente, la creación de una educación nacional. Publicó «Le Cadastre Perpetuel» («El Catastro Perpetuo»), cuyo discurso preliminar es un verdadero programa político y financiero. Fué encarcelado en Roye por hacer adoptar peticiones en contra de las ayudas a las gabelas; llevado a París salió en libertad por la intervención de Marat. En Noyon sacó a luz «Le Correspondant Picard» («El Corresponsal picardo») por el que sufrió una nueva prisión, en 1791. En 1792 fué elegido administrador del Somme y después del distrito de Montdidier, donde se vió envuelto en un asunto obscuro, en 1793, siendo condenado se fugó; pero fué arrestado para ser puesto en libertad, en julio de 1794. Después de Termidor fundó «La liberté de Presse» («La libertad de prensa»). Lo persiguieron y volvió a ser arrestado después de cinco meses de clandestinidad, en febrero de 1795. Lo transformó en «Le tribun du peuple» («El tribuno del pueblo»). El mismo cambió su nombre Camille por «Gracchus». Fué transferido a Arras, desde donde empezó a preparar la Conjuración de los Iguales. Amnistiado, vuelve a publicar su diario, en el que ataca la Constitución del año III, pues los conjurados desean la Constitución de 1793. Fundó la «Société de la réunion des amis de la république», más conocida con el nombre de «Sociedad del Panteón», cuyo objetivo era el de derrocar el Directorio y fundar la República de los Iguales, o sea, establecer en verdad un gobierno popular. El Directorio hizo cerrar la Sociedad del Panteón por Bonaparte en persona.

Entonces Babeuf lanzó, primero, una memoria o panfleto: «¿Se debe obediencia a la Constitución de 1795?» («Doit-on obéissance a la Constitution de 1795?») y después «El Manifiesto de los Iguales», que exigía una grande y última revolución para establecer la comunidad de bienes. Una excelente organización, cuya red secreta abarcaba los doce distritos de París, preparaba la insurrección contra el Directorio. Fué descubierta por la traición de un afiliado, el capitán Grisel que la denunció a la Policía. Fueron detenidos sus dirigentes, entre ellos el diputado Drouet (el que había hecho arrestar a Luis XVI en Varennes), quien logró escapar. Los implicados eran sesenta y cinco (dieciocho de ellos ausentes). El proceso duró nueve meses, durante los cuales los acusados se defendieron con valor. Babeuf fué ejecutado el 27 de mayo de 1797. Siete fueron deportados, entre ellos Buonarrotti, descendiente del gran artista del Renacimiento, quien será el historiador de esta frustrada insurrección.

Las ideas de Babeuf son muy avanzadas y es el primero quien expuso un programa verdaderamente comunista. Afirmaba que todo el mundo debía tener medios para satisfacer sus necesidades; aspiraba a la destrucción de las grandes fortunas y a la abolición del derecho de herencia. Según Babeuf «la tierra no es de nadie. Todo lo que el individuo acapara más allá de lo que necesita para su alimento es un robo social». A fin de conseguir una nueva sociedad, en la que no existan desigualdades, es necesario, según Babeuf, en primer término, establecer una administración común; luego, la propiedad particular debe ser suprimida; cada hombre debe ser destinado a la industria que conoce, teniendo el deber de depositar el fruto de su trabajo en el almacén común. Para realizar estas medidas se crearía un simple mecanismo de distribución, una administración de subsistencias, que llevando un registro de todos los individuos y de todas las cosas haría repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, depositándolas en el domicilio de cada ciudadano. Con tales medidas desaparecerían todas las miserias y las injusticias y la

inquietud económica en general, que, según Babeuf, es «perpetua de cada uno de nosotros, sobre nuestra suerte del día siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos».

Otros personajes secundarios, en cuanto a figuración, pero de ideas muy interesantes, son Buonarotti y Lange. Buonarotti fué compañero de Babeuf en la jefatura de la «Conspiración de los Iguales». Sus convicciones eran avanzadas. Distinguía claramente dos épocas en la revolución: la primera, de 1789 a 1792, en la cual se proponían únicamente establecer una Monarquía constitucional con un gobierno burgués; la segunda, que comenzaba en 1793, se caracterizaba por la lucha entre los que poseían y los que nada tenían, entre poseedores y desposeídos. De este análisis partía para considerar la necesidad de derrocar al Directorio, con el propósito de organizar, tan pronto cayera, una Asamblea Nacional que tendría por finalidad controlar el poder y dictar una Constitución Socialista para Francia. Escapó de la guillotina, con motivo de su arresto junto a Babeuf. Será el historiador de este frustrado movimiento, cuyo Manifiesto decía: «La revolución francesa es solamente la precursora de otra revolución más grande y más imponente que será la última». Lange, de origen alemán, fué un crítico perspicaz del proceso revolucionario. Atacó rudamente la Constitución de 1791, que estaba dirigida a defender los intereses de la burguesía, considerándola atentatoria al principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, por la división que hacía en ciudadanos activos y pasivos, es decir, entre poseedores y trabajadores, otorgándole derecho a sufragio solamente a los activos.

Siendo funcionario municipal de Lyon, en 1792, propuso todo un sistema de nacionalización general de las subsistencias, en un folleto titulado: «Medios simples y fáciles para lograr la abundancia y el justo precio del pan». Michelet considera a Babeuf y a Lange como a los precursores del socialismo moderno. Lange fué, además, el creador de las primeras cooperativas agrarias, con el objeto de terminar con el hambre del pueblo,

evitando la perjudicial acción de los acaparadores y especuladores. Recomienda, para concluir con los intermediarios, que encarecen la producción, la organización de una vasta red de cooperativas agrarias. Con estas ideas Lange influye notoriamente en Fourier y Owen, caracterizados socialistas utopistas. Sin embargo, la Revolución de 1789 no fué un movimiento socialista. El único movimiento de esa tendencia fué la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Babeuf en 1797, contra el Directorio, que fué vencida y aplastada.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria, elaborada durante ese proceso, fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución, la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón y otra Ley en 1834), ni tampoco se benefició con la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución haya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones y de su dominio, de su ideario filosófico económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático-burgués.—JULIO CÉSAR JOBET.